

## **Cogitamus. Seis cartas sobre las humanidades científicas o ¿de cuántas maneras diferentes puede componerse el multiverso?**



Título: *Cogitamus*. Seis cartas sobre las humanidades científicas

Autor: Bruno Latour

Páginas: 196

Editorial: Paidós

Colección: Espacios del saber

Año: 2012

Traducción: Alcira Bixio

ISBN: 978-950-12-5680-4

### **Reseña**

Pablo Bilyk

Doctorando en comunicación social

FPyCS (UNLP)

Becario UNLP

Alcira Martínez

Maestrando Idaes/Unsam

Especialización en

Periodismo Cultural FPyCS (UNLP)

Las cartas que Bruno Latour escribe en el otoño de 2009 a una estudiante alemana que no puede tomar uno de sus cursos dictado en Francia, comienzan como un intento de respuesta a las inquietudes de la alumna que se encuentra movilizada por los resultados de la reunión de Copenhague sobre las transformaciones climáticas. El amor a las ciencias funciona como el motor que impulsa los esfuerzos del autor y que, en el devenir del libro, nos invita compartir sus pasiones y deseos.

Latour relata en sus escritos el curso sobre las humanidades científicas que se encuentra dictando. No se trata de cartas encriptadas, sino de una herramienta pedagógica, son el acceso a una instancia de creación del autor a partir de las inquietudes que lo movilizan. En este sentido, se configura como un espacio de diálogo que plantea una revisión y reflexión profunda sobre el conocimiento científico, a partir de las dimensiones

histórico-sociales que lo han constituido indefectiblemente desde siempre.

La preocupación central del libro gira en torno a pensar las humanidades científicas como un modo de conceptualización que se estructura en tres ejes centrales: en primer lugar, escapa al encasillamiento de lo disciplinar rompiendo con las tradiciones que han separado a los campos y abonado sus funcionamientos de modo endogámico. En segundo lugar, propone cuestionar la escisión entre las ciencias y el resto de la existencia, al poner en tela de juicio la posibilidad de una autonomía de la ciencia. Por último, pone en tensión la relación entre ciencias y técnicas al sostener que cada acción se compone por una técnica e, inevitablemente, por una ciencia. La ciencia y la técnica están extendidas, insertas en todas partes de un modo intersticial, aunque escasamente nos damos cuenta de su existencia.

En función de esta propuesta holística de comprender la ciencia, Latour (2012: 93) sostiene que "Las humanidades científicas -y este es su sentido más profundo- consisten en seguir todas las pruebas capaces de ganar o no la convicción, todas las ingeniosidades, todos los montajes, las astucias, los hallazgos, los trucos, gracias a los cuales se termina por hacer evidente una prueba de manera tal que cierra una discusión permitiendo a los interlocutores cambiar de parecer sobre el asunto a propósito del cual se encuentran reunidos. Como podrá usted apreciar, habríamos cometido un grave error si hubiéramos partido de la evidencia y de lo indiscutible (a pesar de que se trata de llegar allí). La evidencia nunca es evidente, al menos al comienzo; en cuanto a lo indiscutible, siempre es discutido, por lo menos al principio".

De esta forma, la propuesta de *Cogitamus* no se agota en la profundización de una ciencia o una técnica, sino de las ciencias y las técnicas en sus relaciones con la historia, la cultura, la literatura, la economía, la política.

Las humanidades científicas representan un modelo de conceptualización que atraviesa a todas las ciencias. Implica la ruptura con miradas que parten de una idea de ensamble entre las diferentes dimensiones que componen a la ciencia. Es decir, romper con una mirada que considera que es posible estudiar la ciencia y la política como dos conjuntos disjuntos que se situarían frente a frente, por lo que la labor de los investigadores sería la búsqueda de esa intersección.

Latour reniega de las flaquezas de esta conceptualización pues, para el autor, la

idea de ensamble de diferentes piezas no logra dar cuenta de las complejidades del magma de las ciencias. Las humanidades científicas implican una visión superadora, en tanto permite observar la fusión entre las ciencias, las técnicas, lo humano y la política como una única complejidad que no registra intersecciones, sino una sola sustancia. Por ello sostiene la necesidad de que las ciencias sean pensadas desde una visión cosmológica, poniendo en juego los esfuerzos por dar cuenta de la totalidad como meta de indagación de los científicos sociales. De este modo, refuerza la importancia de avanzar en metas de trabajo que se pregunten sobre la totalidad de los elementos que, en cada cultura en particular, organizan las formas de la vida práctica y cotidiana.

Para el autor, la figura que mejor resume este espíritu es la del cosmograma, entendido como una determinada distribución de papeles, funciones y agencias entre humanos y no humanos. La indagación desde la idea del cosmograma permite dar cuenta de una serie de fenómenos, y sus interconexiones, desde una sensibilidad que deconstruya las asociaciones y duelos lógicos que se presentan, sin caer recurrentemente en distinciones clásicas y estructurantes de los modos de hacer ciencia.

El “amor a las ciencias” que Latour confiesa como principal motor a la hora de escribir este libro, se encuentra directamente relacionado con la incorporación de la sensibilidad como factor fundamental a la hora de producir conocimientos. Teniendo en cuenta que las condiciones previas -que estructuran el campo del conocimiento científico- vuelven “evidentes” unas determinadas “evidencias”, el investigador únicamente podrá descubrir cosas nuevas con la condición de aprender a hacerse sensible a lo que debe impresionar sus sentidos. Por lo cual se infiere que el mundo no está hecho de conocimiento, sino que podemos conocerlo, una diferencia trascendental a la hora de afrontar las tareas que las ciencias emprenden.

La mirada cosmológica que el autor propone, permite un movimiento hacia las dimensiones sociales de nuestras prácticas y cotidianeidades. Por ello, podremos comprender el modo en que los objetos, con los que interactuamos como si se tratase de extensiones de nuestro cuerpo, devienen de técnicos en sociotécnicos. Allí Latour expone de un modo muy claro la transformación que puede experimentar desde el momento en que su computadora deja de funcionar, lo cual le brinda entidad a un objeto cotidiano que por esa condición, se volvía imperceptible. Al mismo tiempo, deja en claro cómo las sucesivas

intervenciones de diferentes actores esforzándose por devolver el ordenador a sus tareas habituales, evidencian el carácter sociotécnico de cada uno de los elementos que configuran nuestra cotidianeidad.

Resulta imposible construir conocimiento sin dar cuenta de la dimensión social de cada una de nuestras prácticas. Por ello, Latour pone en tensión la consistencia del *cogito* cartesiano (“*cogito ergo sum*” o “pienso entonces existo”). El encadenamiento de esta reflexión se ve anclado en un movimiento meramente individual, que despoja a la producción de sentidos de su dimensión social. Por lo cual, en el *cogitamus* estriba la verdadera respuesta al cosmograma con el que el autor nos interpela a lo largo de toda la obra: “Del cogito no puede deducirse nada, sólo que existo, pero del cogitamus puede deducirse todo. Por lo menos todo aquello que importa para la composición progresiva de un mundo que habremos finalmente pensado, pesado y calculado en común. Cogitamus, ergo sumus. Pensamos” y, tal como plantea hacia el final de su quinta carta: “las cosas van a ponerse de verdad interesantes” (Latour, 2012: 166).

Las cartas no son sólo para aquella estudiante que no podía tomar el curso, son cartas de amor a las ciencias, cartas que invitan a reflexionar críticamente sobre el conocimiento y las humanidades científicas. En definitiva, son cartas destinadas al mundo.